

Referencias bibliográficas

- Galeano, Eduardo (2003) *El libro de los abrazos*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Kandinsky, Wassily (1920). *Punkt und Linie zu Fläche* (Punto y línea sobre el plano) Contribución al análisis de los elementos pictóricos. Ediciones Paidós Ibérica, 1996.
- Kandinsky, Wassily (1912). *Munich, Uber das Geistige in der Kunst* (Sobre lo espiritual en el arte). Andromeda, 1997.
- Marc, Franz y Kandinsky, Wassily: *Correspondencia* (Prol. Francisco Calvo Serraller), Editorial Síntesis S.A., 1994.
- Valdés de León, Gustavo Adolfo (1994). *Otro diseño es posible*. Cátedra Valdés, Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Universidad de Buenos Aires.
- Van Gogh, Vincent: *Cartas a Theo* (1888) Editorial Paidós, 2004. España.

¡Los alumnos no leen!

Carmen Galbusera Testa

¡Los alumnos no leen! Esta frase, dicha con frecuencia y distintos grados de dramatismo, es habitualmente escuchada y comentada por nosotros los docentes universitarios, cuando nos reunimos para intercambiar impresiones y apreciaciones acerca del curso de nuestros procesos didácticos y pedagógicos, y muestra una parte de nuestra preocupación actual por las características del perfil y de la formación de nuestros alumnos, a quienes consideramos en consecuencia faltos de suficiente capacidad de interpretar textos, sintetizar, elaborar, conceptualizar, etc., a partir de la lectura de bibliografía que les proveemos desde nuestra cátedra o cualquiera sea el espacio académico donde ejercemos nuestra actividad docente, ya que vale la aclaración, la falta de lectura se refiere a textos literarios, ensayos, novelas, cuentos, poesía, provenientes de la literatura “tradicional”.

Pero he decidido no conformarme con esa opinión tan taxativa que varias veces me he escuchado decir, por cierto con una connotación negativa, pues que no queden dudas: que “¡Los alumnos no leen!” Es un comentario sin duda utilizado para expresar nuestro pesimismo y desazón frente a los avances de la tecnología globalizada en la era digital e informática y sus efectos en la formación de nuestros niños y jóvenes. También, y en consecuencia con esta falta de hábito de lectura y su reemplazo por nuevas formas hiper-textuales de construir conocimientos, algunos colegas docentes expresan que las mentes de nuestros alumnos resultan por lo tanto “fragmentadas”...

Que he decidido no conformarme significa que me he propuesto intentar indagar un poco más allá de la superficie de la aseveración, y esto es debido a que yo misma he empezado a sospechar, o a poner en duda, que esta afirmación sea totalmente cierta, y además, que así como está planteado, tenga efectos negativos y deformantes de la intelectualidad de nuestros estudiantes.

Pero, ¿Es realmente necesario que los jóvenes lean? La necesidad y la urgencia de la lectura se han convertido ya en un lugar común del discurso educativo y hasta de la charla cotidiana.

Uno de los aspectos a considerar en variadas fuentes de información que he consultado acerca de este debate es el de las “crisis de la lectura” y “crisis de lectores”, y algunos factores más o menos relacionados: índices de hábitos de lectura en nuestra sociedad, influencia de nuevos medios de comunicación, el futuro del libro y de las nuevas tecnologías...

En segundo lugar, el papel de la escuela como institución en la que la propia sociedad ha delegado gran parte de la responsabilidad en cuanto a la eficacia de este aprendizaje...

¿Existen realmente tales “crisis de la lectura” y “crisis de lectores”?

No hace mucho tiempo, aunque no recuerdo dónde, leí que son innumerables las ocasiones que, al final del día, cualquier individuo socializado recurre en sus prácticas cotidianas a las técnicas lectoras. Desde la lectura del boleto de colectivo, tren, subte, que ha tomado para ir a su actividad, después de haber leído tal vez, en su casa, las instrucciones de un folleto o las noticias en el diario o en la TV, un mensaje de texto en su celular, un resumen bancario o de haber escrito algunas notas o tareas para hacer. Y dicho mecanismo se repite en los niños, cada vez que reconocen la etiqueta de la botella de jugo o de leche, cuando miran los carteles de publicidad en la vía pública o cuando llegan a su clase y deben dejar su abrigo en la percha donde figura su propio nombre.

Es decir, salvo el caso del analfabeto, aquél que no ha accedido nunca a esta forma específica del aprendizaje humano, el resto de los humanos socializados recurrimos con mayor o menor frecuencia, con mayor o menor dominio, a la lectura y a la escritura.

Cuando se habla de “crisis de la lectura”, solemos asociar ese concepto con los hábitos relacionados con la literatura, con el acceso y el conocimiento de las obras y autores clásicos y/o actuales, con los cambios de gustos e intereses en los lectores, y muchas veces combinamos estos factores con las ventas de libros o con la frecuencia en el uso de las bibliotecas. Y esto es así porque también está evolucionando el modelo de lector, como concepto vinculado a la capacidad para gozar con el acceso a las grandes obras literarias, para emocionarse y conmoverse con las creaciones artísticas basadas en el uso de la palabra, y vinculado también con la búsqueda del contacto sensible con los libros como soportes, y encontrar en ellos elementos para un goce sensible.

Dentro de esta evolución de los hábitos de lectura y escritura, solemos realizar comentarios del tipo: “antes los jóvenes leían más que ahora”, o que en un “ambiente urbano o social más favorecedor se lee más que en un ambiente rural o desfavorecedor”... Si bien estas afirmaciones pueden ser ciertas, no sería inoportuno un replanteo crítico de ciertos lugares comunes, pero, sobre todo, no perder de vista que la lectura y la escritura conforman un instrumento al servicio del desarrollo humano y que la propia sociedad, más que imponer o prestigiar un uso determinado, debe responder a la exigencia de crear las mejores condiciones para que cada lector o escritor pueda aprovechar en su beneficio las inmensas posibilidades de tales técnicas en su desarrollo personal. Es inevitable, por lo tanto, cambiar las imágenes o esquemas acerca de lo que entendemos por “lector culto”, a favor de un lector

“hábil” o “calificado” a la hora de saber aprovechar con la máxima eficacia las posibilidades comunicativas que nos ofrecen en la actualidad estas técnicas de lectura y escritura. Tal vez sea el momento de empezar a hablar de un nuevo tipo de lector: el modelo de un “ciber-lector” en el que se convertirán nuestros chicos del futuro, sobre el que, según Pedro Cerrillo y Juan Senís, (“Nuevos tiempos, ¿Nuevos lectores?”, en *Ocnos* N° 1, Cuenca, Ediciones de la UCLM, 2005) cabe una interpretación optimista y otra pesimista. De acuerdo con la primera, el “ciber-lector” será capaz de leer y dominar los textos literarios y de usar las nuevas tecnologías, es decir, de disfrutar con una novela o un poema impresos y de leer y de disfrutar también, o de satisfacer ciertas necesidades informativas con un hipertexto. Por el contrario, la visión pesimista de ese nuevo tipo de lector lo contempla dominado por los medios tecnológicos y por la velocidad de internet en la difusión de informaciones, sin capacidad de discriminarlas, y, sobre todo, sin ser capaz de leer cierto tipo de literatura “tradicional”. Es decir, tendrá desarrolladas sus competencias lingüísticas y literarias básicas, pero rellenará su actividad lectora continuada con las nuevas tecnologías.

“Uno se hace lector como consecuencia de azares y determinaciones personales, pero también como resultado de largos procesos educativos”. (Juan Mata, 2004).

Y ese largo proceso educativo abarcaría todo el proceso vital de cada individuo, con un papel importante en ese desarrollo de la escuela y de la promoción de la lectura en los distintos estratos de la sociedad. Es decir, la responsabilidad de formar lectores hábiles, competentes o modélicos no es competencia ni única ni exclusiva de la escuela, sino que entre los colaboradores de ese aprendizaje, esencialmente personal, hay que atender a los aportes desde la familia hasta otras instituciones sociales, como las bibliotecas, los organismos de gobierno, los medios de información y de comunicación.

La conquista del lector hábil, calificado, independiente, “ciber-lector” o como llamemos al nuevo modelo impuesto ni más ni menos que por la propia evolución humana, es un proceso único e irrepetible en cada ser que nace. De ahí que más que recetas o técnicas más o menos eficaces, debamos poner el punto de vista en el estímulo de las mejores condiciones para el entorno donde cada sujeto desarrolla su particular conquista de este instrumento que debe contemplar como cargado de magia o fascinación, y nunca saturado de tedio, hastío o esfuerzos ineficaces.

En el apoyo de esta experiencia de la lectura, a lo largo de la práctica académica de la lectura, estamos comprometidos todos los docentes, sea cual sea el nivel educativo donde realicemos nuestras tareas. Desde el jardín de infantes hasta el aula universitaria donde impartimos las enseñanzas de grado o postgrado. Son marcos donde debemos cuidar los aspectos expresivos y sensitivos de la lectura oral, tan mal planteada en muchas prácticas escolares rutinarias, el momento adecuado para una determinada lectura, el hábito de silencio aceptado y deseado por los propios alumnos para adentrarse cada uno en su personal conquista o recreación de un determinado texto. La idea sería que más que buscar técnicas infalibles habría que preocuparse por el desarrollo de hábitos

positivos generados en cada lector por la experiencia gratificante de una lectura que nos satisface y nos descubre la magia de las palabras.

De ahí también que todos los docentes debamos ser conscientes de la necesidad de no limitar la problemática de la enseñanza/ aprendizaje de la lectura al momento de su inicio y de su posterior desarrollo en los años de la escolaridad básica, sobre todo por no estar probada una inequívoca relación entre los métodos de enseñanza para la lectura y la escritura y la formación de un buen lector. Por tal razón, debemos reclamar la participación de todos los profesores en los distintos niveles y materias, para el desarrollo de los hábitos que conforman al auténtico lector, al dominador consciente de técnicas y dueño de los recursos que le facilitarán su desarrollo personal a través del ejercicio libre de la lectura.

En estos últimos años, el auge creciente e imparable de las nuevas tecnologías de la informática obliga a todos los agentes implicados en la promoción de la lectura a atender a sus nuevas posibilidades. No se trata de replantear drásticamente sus funciones o sus instrumentos tradicionales, en especial, el papel del libro en este proceso, sino de no desaprovechar ninguna de las potencialidades positivas que ponen a nuestro alcance tales medios. Dicho de otro modo, además del libro como soporte tradicional, los docentes actuales debemos plantearnos el empleo de otros recursos que están surgiendo con fuerza extraordinaria, como la metodología *e-learning* (aprendizaje asistido por tecnologías de la información) o las plataformas *webquest*. (Un *webquest* es un formato de investigación orientado en el que la mayoría o toda la información con las cuales los principiantes trabajan provienen de la *web*). Y con ellas es posible que podamos potenciar y enriquecer, nunca sustituir, reemplazar o disminuir, las posibilidades básicas del libro como soporte físico para las principales modalidades que debemos contemplar en las aulas para esa promoción lectora permanente.

Repensarnos desde una América Latina otra: la posibilidad de reconstruir

Yanina Gabriela Gambetti

La actualidad de nuestra América Latina se encuentra inmersa en una gran transformación de los procesos sociales. Así surgen nuevas maneras de comunicar, al mismo tiempo que se siguen desarrollando nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Cambian nuestras maneras de relacionarnos, así como también la manera en que nos reconocemos y damos sentido a nuestro mundo de vida.

Todos estos cambios y las particularidades que se pueden reconocer en la región a la que pertenecemos, requieren ser interpretados por las diferentes disciplinas sociales. Sin embargo, la manera en que históricamente los investigadores han enmarcado estos fenómenos como objetos de estudio presenta ciertos problemas de orden epistemológico que, desde nuestra perspectiva, dificultan el análisis de los procesos sociales y culturales locales.

Las matrices teóricas que sirvieron a la comprensión de nuestras sociedades han sido y lo son aún, concebidas